

las repitiera; sin embargo, oía y entendía bien, y escribía con alguna facilidad, corrigiendo de paso algun error de ortografía.

Después de la operacion pudo ya unir las silabas en palabras; pero durante dos ó tres dias expresaba sus conceptos con el solo empleo de sustantivos, verbos y adverbios, sin cambio de desinencias, ni enlace por medio de relativos ni preposiciones, y deteniéndose en cada vocablo.

Como al cuarto dia recobró bien el uso de la palabra, y pudo construir con alguna perfeccion las oraciones gramaticales; aunque siempre con dificultad, que disminuía cada vez de un modo casi imperceptible, y que no habia desaparecido enteramente á los 23 ó 24 dias que salió del hospital.

Este mismo dia 16 nos refirió Gonzalez que despues de la herida sentia sus dedos del lado derecho completamente dormidos, que no tenia tacto y que con ellos no podia distinguir la sábana del cobertor; que tocaba sin saber lo que era; que para escribir tenia que ver el lápiz porque no lo sentia.»

Tal es, señores, la observacion que recogí y que tengo la honra de presentar á tan ilustre Academia, sometiendo á su juicio las siguientes reflexiones:

(Concluirá.)

---

## CLÍNICA INTERNA.

---

### ALGUNAS REFLEXIONES Y RECOPIACION DE OPINIONES SOBRE EL COLERA MORBO

POR EL DR. SAMUEL MORALES PEREIRA, SOCIO CORRESPONSAL EN PUEBLA.

(CONTINÚA.)

«El cólera, por el contrario, no sólo trascurre por ellos, sino que se detiene con los individuos de tal suerte, que no hay un solo hecho para probar su traslacion por medio de mercancías que, atravesando largas distancias sin abrirse los fardos, hayan extendido el mal en el punto de su expendio, dejando libres los países de su tránsito. Sea, pues, cual fuere la teoría del cólera, jamás podrá desentenderse del enlace con los hombres, jamás podrá atribuirse á casualidad lo que, á pesar de la total variacion de circunstancias de todas clases, vemos se ha verificado constantemente.»

Los anticontagionistas que no tienen prueba alguna en favor de otra causa de su propagacion, encuentran sobrados hechos para demostrar que no basta para

ella la sola comunicacion entre los hombres, y que influyen circunstancias particulares en el desarrollo y terminacion de esta epidemia. Si la frecuencia y energia de los ataques no se verifica en razon de la mayor ó menor estrechez de la comunicacion, es indudable que sola ella no basta para engendrar la enfermedad, sino que supone tambien una disposicion particular en los sugetos, ó que necesita el concurso de otro agente para producir este efecto; pero de ningun modo prueba que es ménos esencial la comunicacion. Si se requiere una disposicion particular ó el concurso de otro agente, no debemos tampoco extrañar la aparicion y el fenecimiento repéntino de la peste en muchos lugares que, como uno de los hechos principales, se alega contra los contagionistas: pues sea cual fuese esta causa secundaria, que acaso no es una sola en el momento de cesar, ó de agotarse los individuos predispuestos para la infeccion, se acaba tan pronto la enfermedad como violenta habia comenzado, cuando encontraba sobrado material y fuerzas auxiliares para su desarrollo.

Pero los anticontagionistas, y entre ellos el Dr. Ordaz, se rien de estas explicaciones, diciendo que los contagios no necesitan ningun otro agente para su propagacion, «que siempre son capaces de producir su efecto en todo estado del aire, en toda ocasion y en todas circunstancias.» Concediendo ahora por un momento esta asercion en cuanto á las enfermedades contagiosas conocidas, ¿quién asegurará otro tanto de contagios nuevos? ¿Conocerémos acaso las condiciones esenciales para esta clase de generacion ó germinacion, mejor que las de cualquiera otra, y lo bastante para decidir *á priori* sobre lo que puede y no puede ser? . . . Pero ni de los demás contagios se puede decir tanto; no hay uno que ataque á todos los individuos y en todas circunstancias; nadie ignora, por ejemplo, que hay individuos que se libertan de la viruela por más que se expongan al influjo de su contagio. Es verdad que tales ejemplos no son tan frecuentes, pero bastan para descubrir lo imaginario de aquellas reglas que quieren erigir en una ley orgánica de la naturaleza.

Concluye el Dr. Hubbe:

- 1.º Que es errada la opinion del Dr. Ordaz;
- 2.º Que la propagacion del cólera morbo está esencialmente enlazada con la comunicacion de los hombres, que sin ella no se verifica, pero que ignoramos las condiciones particulares de este enlace, y
- 3.º Que las leyes sanitarias que impiden en las fronteras la entrada de los que llegan de puntos sospechosos son necesarias, y observadas con exactitud preservan al Estado de la invasion.

El Dr. Dancourt, en una Memoria corta publicada en Mérida el año de 1832, aunque no dice ni funda su teoria, al hablar de precauciones, dice: «nunca es bueno acercarse á los enfermos en ayunas. Bueno es llevar en la bolsa un poco de alcanfor y en la boca algunos granos de pimienta, fumar tabaco y mojar el pañuelo con agua clorurada, mudarse ropa, lavarse las manos con agua clorura-

da, etc., etc. » por consiguiente, está demostrado que pertenece al partido de los contagionistas.

En cuanto al contagio de esta enfermedad, dice el Dr. Ordaz, lo mismo que en alguna obra dijo Magandié; sostiene la no contagiosidad, y refiere:

«Desde que se presentó en ésta hasta que desapareció, he estado entre coléricos noche y día, dando fricciones, sangrando y socorriendo á los que iban llegando, abriendo los que morían, dejando á veces cadáveres á medio disecar de un día para otro, y volviendo á continuar al siguiente la diseccion en anfiteatros muy reducidos y sin hacer uso de desinfectantes ni de cloruros. Tanto yo, como otros de mis colegas, no hemos tenido recelo de echarnos á descansar en las camas donde acababan de morir coléricos.

«Yo he estado sentado muchas veces en la cama de los coléricos dos ó tres horas pintando sus retratos. Pues en todo este tiempo ni en los hospitales, ni en las casas particulares donde estaban los epidemiados, rodeados y asistidos de todas sus familias, se ha presentado á mi vista el más mínimo hecho que me haga sospechar que se pega por el contacto y comunicacion con los enfermos. En cuanto á mí y á muchos centenares de personas que hacían lo mismo que yo, no se me ha manifestado el menor síntoma de cólera. Además, si fuese contagiosa los médicos la hubiéramos importado en todas las casas de nuestros conocimientos y de otros enfermos que no sufrían de la epidemia, pues les íbamos á visitar inmediatamente despues de salir de una atmósfera infestada.

«Los niños de pecho maman la leche de sus madres estando éstas enfermas del cólera, y no se ha visto que contraigan por esto, que es bastante significativo, la enfermedad.»

Pero lo que hay de particular y no quiero dejar de transcribir, son dos notas al calce, y que dicen:

«Lo más original es que yo he visto algunos contagionistas salir de los hospitales de coléricos, é ir inmediatamente á visitar familias y casas donde no había cólera, sin haber sufrido ántes ni aun la purificacion del agua. Conque en éstos, ó no hay franqueza ó son muy poco filantrópicos.»

Se puede asegurar que casi todos los que sostienen el contagio del cólera, lo hacen por una especulacion más ó ménos culpable. Aun le sostienen por aterrar á las gentes; otros por hacerse lugar entre el vulgo; otros por fanfarronada, haciendo alarde de su valor, por ponerle á prueba de agentes contagiosos sólo por el bien de la humanidad; otros por disculpar la vergonzosa retirada que hacen del sitio de la epidemia; y últimamente, otros por adular sus gobiernos cuando pasan por favoritos. Lo cierto es que todos ellos hacen más daño que el mismo cólera.

Siendo, pues, el primero y el principal efecto de una enfermedad contagiosa el atacar á los que se hallan en contacto con ella, y no verificándose esto en el cólera, ¿podemos concluir que no lo es?

Algunos, queriendo singularizarse por tomar el término medio, pretenden caracterizar el cólera de epidémico-contagioso. A éstos sólo el haberseles olvidado la diferencia que hay entre las leyes de las enfermedades epidémicas y las de las contagiosas, se les puede perdonar la extravagancia de querer introducir en los cuadros nosológicos una enfermedad hermafrodita. Ya aclararemos esto. Por ahora veamos documentos más interesantes todavía: en un tratado del cólera morbo de la India, publicado en Veracruz y escrito por el Dr. Francisco Doucet el año de 1832, nos encontramos mucho y muy importante, bajo todo punto de vista y que tenemos el gusto de trasladar, aun cuando tengamos que aumentar los límites de nuestro trabajo. Dice así:

«El Dr. Delaunay, quien estuvo desde Diciembre de 1830 asistiendo en un hospital en Moscow, comunica la relacion siguiente: contenia ese hospital, dice, 587 enfermos del cólera, y además 860 que padecian de otras varias enfermedades. El hospital es un edificio de un solo cuerpo, todas las galerías y los corredores comunican unos con otros; las mismas ropas sirven indistintamente para todos los enfermos, y sin embargo no se ha verificado que ese gran número de coléricos hayan comunicado su enfermedad á los otros enfermos.

«Los Sres. Seipions, Pinel, Foy y otros médicos franceses en Varsovia, y otros muchos médicos de diferente nacionalidad, que en 1831 creian en el contagio, se inocularon á principios de 1832 con sangre de los enfermos y aun materias sacadas de su estómago, y por ese medio se cercioraron de la inocuidad del principio contagioso.»

El cólera, igual á las demás epidemias, alcanza precisamente los miembros de una misma familia, los vecinos de un mismo barrio. ¿Y esto por qué? Por la razon que se hallan todos expuestos á una misma influencia. Los principios morbíficos del cólera aparecen como suspendidos en el aire, quien los trasmite patulatinamente. El viento, las corrientes de los rios, las cordilleras de montañas parecen facilitar su propagacion; mas vuelvo á decirlo, se necesitan condiciones y predisposiciones. Ya vemos gentes de un grande rango atacadas de ese azote, mientras las guardias que las rodean están sin novedad, y que los facultativos y personas llamados para asistir á los coléricos suelen no ser alcanzados. La mayor parte de los facultativos mandados á Rusia y Polonia para observar esta enfermedad, pensaron *á priori* y la declararon contagiosa; sin embargo, todos mudaron de parecer. Se lee en una carta fechada en San Petersburgo, lo que sigue: prueba de que el cólera no debe considerarse abiertamente contagioso, y que el miedo contribuye de un modo muy poderoso á hacerlo bien temible; seis individuos sentenciados á muerte fueron conducidos, sin que lo supiesen, á un hospital destinado á curar coléricos; los encerraron en unos aposentos donde los habia habido, se acostaron en las mismas camas en que habian muerto; se mantuvieron el espacio de tres semanas en dichas habitaciones en perfecta salud; al cabo de este tiempo fué cuando les leyeron la sentencia; pero se les dijo que si querian ir

á un hospital donde habia enfermos de cólera; en el caso de que escapasen de esta enfermedad se les indultaria de la pena de muerte: aceptaron gustosos y fueron conducidos á un hospital adonde no habia habido jamás tales enfermos; les obligaron á acostarse en camas donde debieron suponer que los hubo, sin que por esto los hubiese habido nunca; los mantuvieron de los mismos alimentos que daban á los otros enfermos, y en breve les entró el miedo y el terror de contraer el cólera; lo cogen en efecto, mueren cuatro y salvan dos.

Varios facultativos, tales como Chervin, Lassir y otros, están igualmente convencidos de que el cólera y la fiebre amarilla no son contagiosos, y ofrecieron al Gobierno vestir las ropas de los muertos y aun tragar la materia arrojada. En sesion de la Academia Real de Medicina de Paris, 4 de Enero de 1831, el Sr. Lassir reproduce sus opiniones sobre epidemia y enfermedades contagiosas, á saber: que el tiphus, la fiebre amarilla y el cólera no son contagiosos, y que las medidas sanitarias por sí solas son causa de su produccion y su duracion; que si desde el año 1814 hubiese sido así entendido, no hubiérase extendido tanto esta epidemia; conviene además en que las epidemias suelen provenir de las medidas nombradas sanitarias, poniendo al punto donde las practican, como en estado de sitio ó de bloqueo, entorpeciendo la circulacion, hiriendo la moral de los vecinos, disminuyendo sus medios de alimentarse, prohibiendo la llegada de recursos exteriores, de donde resultó la intensidad que la epidemia afectó en Rusia.

Todos los Gobiernos han tomado medios de precaucion contra el cólera: es en Rusia principalmente donde los reglamentos sanitarios han sido observados con rigor, pues asimilando esta enfermedad con la peste, debian creer que se garantizarian de ella aislándose; sin embargo, hé aqui en qué términos se expresa ante la Academia de Ciencias el Dr. Jachnichen.

«El cólera, dice, habiendo diezmando la poblacion de Astracan, principiaba á infundir temores en Moscow en el año de 1830; como se supo que estaba ya próximo, las autoridades decretaron las medidas convenientes para garantizarse, cordones sanitarios, barreras, cuarentenas, hospitales, fumigaciones, juntas de sanidad, division de la ciudad, socorros á domicilio, trasportes á los enfermos, etc., etc.; á pesar de todas estas precauciones, el cólera hizo su aparicion el 15 de Setiembre. El referido doctor dice haber asistido á más de quinientos enfermos, y todas sus experiencias prueban el no contagio del mal.

En Varsovia se establecieron tambien cuarentenas rigurosas; pero su poca eficacia movió las comisiones del interior y de policia, á publicar, con fecha 17 de Abril, que de resultas de preguntas dirigidas á la Junta Sanitaria, habia declarado ésta, por unanimidad de votos, que no habia necesidad alguna de interceptar las comunicaciones, fundando su opinion sobre el dictámen de la Junta establecida en Moscow, compuesta de veinticuatro médicos, pregonado oficialmente y del que resulta que el cólera no se comunica ni por la ropa, pieles, ni aun por tocar personas afectadas ó muertas de esa enfermedad, y de consiguiente cual-

quiera introduccion de víveres, papeles, personas, etc., etc., debe ser licita sin tomar otra precaucion que la mayor tranquilidad de espíritu de parte de los vecinos.»

Un segundo memorial del mismo facultativo, dirigido á la Academia de ciencias, ratifica de nuevo lo que la Junta de Sanidad habia resuelto y decidido: «no existir para el cólera ni contagio directo ni indirecto.»

Medidas sanitarias para el aislamiento, fueron igualmente adoptadas por la Hungría, Viena, Berlin, y en todos estos lugares la secuestracion ha sido una sentencia de muerte; así es que el pueblo se ha pronunciado, y con razon, en San Petersburgo, Viena y Berlin, y una irritacion muy grande existe aún en los ánimos de aquellos países contra los facultativos que acusan de complicidad con los Gobiernos, no tanto para neutralizar los gérmenes del cólera, cuanto para *destruir los de libertad, contagio mil veces más perjudicial á los déspotas que todas las pestes del mundo.*

La nulidad de cordones sanitarios se halla aún estampada en una carta dirigida á la Academia de Ciencias, con fecha 24 de Enero de 1831 por el Sr. Martin Darbel, en donde se dice «ser probado por numerosos hechos que la enfermedad no puede ser importada ni comunicada; que el terror inspirado por la invasion imprevista del cólera á Moscow fué causa de la idea que les vino del contagio, á pesar de que los 50,000 operarios que abandonaron la ciudad, de miedo, y de los cuales llevaban ya consigo muchos de ellos los gérmenes de la enfermedad, de la que murieron en las cuarentenas, no la hubiesen propagado; que el número de enfermos no era mayor en las cercanías de los hospitales que en otros lugares cualesquiera, y que muy pocos enfermaban de aquellos que asistian á los enfermos; que varios individuos se habian acostado con coléricos, sin por esto haber contraido su enfermedad; que la opinion general en el día en Moscow es que el cólera no es contagioso, y que la opinion contraria no habia sido acreditada más que por relaciones de lejanas provincias, y principalmente por la de la Junta Sanitaria del año de 1824, redactadas á 1,500 leguas del teatro de la epidemia; que el mismo Gobierno está actualmente persuadido de la falsedad de hechos relatados en esa exposicion; que acaba de quitar las cuarentenas á pesar de subsistir aún la enfermedad y contar todavía unos veinte nuevos enfermos cada dia, y dejarse de fumigaciones, por inútiles, en toda la extension de ese imperio.»

«La experiencia, en otra parte se lee, acaba de demostrarnos hasta la evidencia no ser infalibles las cuarentenas para el cólera, pues se sabe que la tripulacion de un buque que salió de Calcuta en perfecta salud, cuando reinaba en aquel punto dicha enfermedad, en su travesia para el cabo de Esperanza, y á los dos meses de hallarse en alta mar, fué toda atacada del mismo mal; no es probable hubiese sido tan considerable el periodo de incubacion.» Ahora bien; supongamos esta enfermedad contagiosa, ¿qué clase de cuarentena podrá contrarestar su propagacion?

En su dictámen á las autoridades, veinte facultativos que componen la Junta Sanitaria de Edimburgo se explican del modo siguiente: «La Junta está del todo persuadida del no contagio del cólera, así como de que esta enfermedad puede aparecer de repente y por causas desconocidas.»

De las varias comisiones mandadas por el Instituto de Francia y Academia de Medicina de Paris, á los países donde existía el cólera, y de la mayor parte de las cuales he visto los dictámenes, todos son unánimes en asegurar no ser contagioso el cólera.

La Junta de Sanidad de Lóndres, en su dictámen al lord del Almirantazgo, da por opinion suya no ser contagioso el cólera.

En fin, cuatro facultativos mandados por los Departamentos de Nueva-York á Montreal para examinar el cólera, dicen: «Estamos todos de acuerdo y convenimos con los facultativos de Montreal y de Duebec, que no existe tal contagio en el cólera.»

En un brinco se traslada el cólera de Lóndres á Paris, sin dejar rastro alguno en su tránsito. . . !!!

«Ningunas preocupaciones, continúa diciendo; ningunas miras de interés ó de consideraciones particulares han influido sobre la doctrina que hemos adoptado en la importante cuestion de si es ó no contagioso el cólera morbo.

«Nos respetamos demasiado para prostituir á la venalidad nuestras opiniones y nuestra pluma: independencía, convicción y buena fe; estas circunstancias las profesamos, y debemos esperarlas en aquellos que no estuvieren de acuerdo con nosotros respecto al contagio del cólera morbo, y apóyenlas con pruebas y autoridades mejor establecidas que las nuestras. Despues de tanta acumulacion de pruebas, concluimos repitiendo: el cólera morbo no es contagioso.»

Profundizable es la materia; pero encierra una cuestion dificilísima de resolver. Si pudiéramos salir del estrecho recinto en que voluntariamente nos colocamos (por honrar así los trabajos patrios), quizá entraríamos en materia y nos acabaríamos de llenar de confusion mirando al genio de Pettenkofer decirnos en la última edicion de Jacom, página 397, que el veneno del cólera está contenido muy particularmente en las deyecciones y en todos los objetos próximos á los atacados, y proponiendo la desinfeccion, y hoy que la epidemia está á las puertas de Alemania, al ser consultado sobre la conveniencia de desinfectar la correspondencia de Francia, expresarse así: «no es conveniente la desinfeccion; ninguna utilidad general ni particular trae, y sólo sirve para calmar la ansiedad de espíritus pequeños.» ¿Qué puede haber modificado la opinion del genio de Pettenkofer? Ningun dato tenemos de qué partir; pero pronto, indudablemente muy pronto, las grandes y varias comisiones que en toda la Europa se han organizado para estudiar el cólera y que se encuentran actualmente en Marsella, nos habrán enriquecido con conocimientos tan ignorados y tan necesarios.

Esta cuestion no es de principios, es de filosofía médica, es cuestion de hechos.

Las opiniones deben fundarse sobre la mayor cantidad de hechos bien observados por médicos cuyos conocimientos, experiencia é imparcialidad, ofrezcan mayores garantías. D. Puytren y Kerordin se dirigen á la Academia de Medicina de Paris, de la manera siguiente:

«Las cuarentenas son particularmente útiles contra aquellas enfermedades que tienen un período fijo de existencia y que tienen un gérmen conocido de trasmision, como en la viruela; pero ninguna observacion nos ha demostrado que tuviese el cólera un cierto período de existencia, ni que existiera un espacio de tiempo determinado durante el cual tuviese la enfermedad la facultad de trasmision, y pasado el cual se neutralizase ó destruyese esa facultad: jamás han demostrado los hechos que su accion estuviese circunscrita á una esfera limitada. ¿Cómo podemos entónces racionalmente establecer medidas preservativas del mismo modo y con la misma extension que si tuviéramos los datos?»

El Dr. Kerk, en una relacion que hace al Cuerpo Sanitario de Grenock sobre la mision que habia recibido para visitar todas las partes de Inglaterra infeccionadas del cólera, página 24, se expresa del modo siguiente:

«Llegamos ahora, dice, á una cuestion sumamente delicada; es la de examinar si es contagioso ó epidémico el cólera morbo.»

En efecto, y algo me parece haber anunciado esta idea ántes. ¿Cuál es el verdadero sentido de la voz «epidemia»? . . . Esta palabra significa que la atmósfera de un lugar puede cargarse de un miasma morbífico, por el cual enfermedades específicas pueden comunicarse al hombre sano. Y por contagio ó infeccion ¿qué debemos entender? Una enfermedad que puede ser comunicada por una persona enferma á otra persona sana por el roce ó contacto entre ellas. ¿Y podemos inclinarnos ya por los datos expuestos á declarar la contagiosidad ó incontagiosidad del cólera? ¿Decir que sólo es epidémico y no contagioso, ó caer en aquel hermafroditismo de que he hablado ántes declarándolo epidémico—contagioso? . . .

La verdad, que causa pena no poder establecer una conclusion de tanto valor, de tanta importancia para el presente y el porvenir, y tener que callar y esperar porque esa es nuestra mision por ahora.

Pero ¿qué juicio formar, por ejemplo, de esos anuncios que la prensa europea nos da á cada paso, y en que nos dice: «No es cierto que la epidemia haya estallado en Madrid; los dos casos habidos fueron individuos llegados de Marsella y que ya venian con la enfermedad?»

Y yo pregunto ahora: ¿de qué impunidad disfrutaban los madrileños para no contagiarse por esos dos casos, si la enfermedad es contagiosa? Y si los enfermos infeccionan la atmósfera, ¿cómo es que sólo ellos, y nada más que ellos padecen la enfermedad allí, y son todos los habitantes del lugar tan afortunados, que de los miasmas, microbios ó como sea, ninguno es vehículo para su proliferacion y efectos de esta proliferacion?

(Continuará.)